

EL POPULISMO DE EXTREMA DERECHA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE LA ERA TRUMP: DE LA DEMOCRACIA “SIN ROSTRO” A LA REACCIÓN IDENTITARIA

The far right-wing populism in the United States in the Trump Era:
from “faceless” democracy to the identity reaction *

ROSA MARÍA ALMANSA PÉREZ
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
rosamaria.almansa@unir.net

Fecha de recepción: 14/12/2017
Fecha de aceptación: 20/02/2018

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 157-181
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7947>

RESUMEN El artículo aborda el fenómeno de la llamada derecha alternativa de Estados Unidos, que ha experimentado un auge considerable con la campaña y victoria electoral de Donald Trump en enero de 2017. A pesar de que se trata de un movimiento relativamente heterogéneo y no siempre bien definido ideológicamente, su búsqueda de una singularización identitaria de carácter excluyente permitiría abordarlo de forma unitaria. Al mismo tiempo, el artículo plantea la necesidad de entender la irrupción de esta nueva derecha a partir de algunas de las características propias del sistema democrático-capitalista en el que nace. Así, la negación de una identidad humana propiamente dicha, con su correlato de afirmación de la proliferación identitaria, un sistema preferentemente formal de derechos, un acentuado individualismo y el enconamiento de la competencia social a raíz de la crisis económica, pueden encontrarse entre sus raíces explicativas.

Palabras clave: Populismo, derecha alternativa, reacción identitaria, democracia, Estados Unidos.

ABSTRACT The article addresses the phenomenon of the so-called alternative right in the United States, which has experienced a considerable boom with the campaign and electoral victory of Donald Trump in January 2017. Although it is a relatively heterogeneous movement and not always ideologically well defined, its search for an exclusive identity singularity would allow it to be addressed in a unified way. At the same time, the article raises the need to understand the irruption of this new right based on some of the characteristics of the democratic-capitalist system in which it was born. Thus, the denial of a proper human identity, with its correlate of affirmation of identity prolifer-

* Para citar/citation: Almansa Pérez, R. M. (2019). El populismo de extrema derecha en los Estados Unidos de la era Trump: de la democracia “sin rostro” a la reacción identitaria. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 157-181.

ation, a preferentially formal system of rights, an accentuated individualism and the bitterness of social competence in the wake of the economic crisis, can be found among its explanatory roots.

Key words: Populism, Alternative Right, Identity Reaction, Democracy, United States.

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años venimos asistiendo a fenómenos, de indudable repercusión mundial, sin duda desconcertantes en muchos sentidos. Tras el derrumbe del llamado “socialismo real”, se predijo mayoritariamente la extensión, ya con relativamente escasas excepciones, del modelo democrático electoral y de partidos; y se produjo, efectivamente, en gran número de países, el compromiso, al menos formal, con el mismo, a pesar de las inevitables contradicciones inherentes al fenómeno de su expansión (Hobsbawm, 2009, pp. 149-153). Unas contradicciones, no obstante, que no hicieron sino agravarse con el tiempo; pero no solo por el hecho de que un modelo de indudable matriz occidental trataba de implantarse en formaciones sociales de tradiciones muy alejadas a aquella. Paradójicamente, parecía evidente que tomaba igualmente derivas conflictivas en el propio Occidente. De esta forma, ya en años relativamente tempranos comenzó a hablarse, por parte de muchos autores, de “crisis de la democracia”, que algunos calificaron de “crisis de crecimiento”. El proceso, sin embargo, no ha hecho sino ahondarse desde entonces, hasta el punto de que muchas democracias de larga tradición parecen haberse tornado crecientemente problemáticas e, incluso, al decir de algunos, ingobernables (Jarding, 2016; Ramírez, 2012; Mercier, 2008; Zakaria, 2013). El advenimiento de la gran crisis económico-financiera de 2008, iniciada en los Estados Unidos y exportada con rapidez al resto del mundo, ha supuesto un notable punto de inflexión en este sentido. De esta forma, han ido irrumpiendo, o cobrando nuevos bríos a partir de esa fecha, tanto en Europa como en Estados Unidos, organizaciones, partidos y movimientos políticos y sociales que podemos considerar reactivos, en el sentido de que pretenden posicionarse contra un estado de cosas determinado en función de unos referentes identitarios, muchas veces situados en el pasado, que consideran esenciales, pero también seriamente dañados y en peligro. La principal bandera izada por estos llamados “populismos de derecha” —de los cuales vendremos a centrarnos en el caso norteamericano— es la del “anti-igualitarismo cultural”, o lo que es lo mismo, su abierta oposición a la inmigración y el multiculturalismo.

Estados Unidos constituye, por varias razones, un campo de estudio privilegiado del fenómeno populista de derechas en la actualidad. En pri-

mer lugar, por el hecho de que, al menos en determinado momento, llegó a considerarse que ese movimiento había logrado cotas excepcionales de poder e influencia con la inesperada llegada a la presidencia del país del magnate Donald Trump en enero de 2017. Efectivamente, parece fuera de dudas que una parte de la llamada derecha anti-*establishment* (esto es, distanciada de las élites gobernantes tanto republicanas como demócratas) le sirvió de soporte electoral, al tiempo que posteriormente se vería también, temporalmente, representada en su gobierno, como en él mismo. Este hecho de la irrupción, en el escenario público, de una derecha (aún muy poco organizada políticamente) que rompe, no obstante, explícitamente, el consenso establecido entre las élites gobernantes durante décadas sobre numerosos temas (es lo denominado por estos grupos y sus líderes mediáticos como lo “políticamente correcto”), es ya de por sí un fenómeno nuevo y muy significativo de la crisis del propio sistema político y de algunos de sus fundamentos ideológicos, incapaces de contener la emergencia de planteamientos que los cuestionan con mayor o menor radicalidad.

Qué duda cabe de que un proceso de crisis económica de una profundidad como la de la actual, en la que los mecanismos de competencia y rivalidad se agudizan, debe encontrarse entre una de las explicaciones del fenómeno. No obstante, se hace preciso considerar asimismo otras causas. No puede olvidarse, a este respecto, que el fundamento del cual emergen tales fenómenos populistas, tanto en el caso de Estados Unidos como en otros, se encuentra en el propio sistema liberal-democrático, que les sirve permanentemente de referente. Resulta plausible pensar, por tanto, que en las propias premisas del mismo puedan también encontrarse algunas de las claves que expliquen la emergencia de los actuales desarros y contradicciones. Es por ello que la primera parte de nuestro estudio abordará las características del sistema que puedan ayudar a explicar el surgimiento de un reaccionarismo identitario que toma facetas tan virulentas. La segunda parte aspira a descubrir los principales rasgos definitorios del fenómeno de la derecha alternativa norteamericana. Aunque, como tal fenómeno reaccionario, no constituye, como es evidente, un hecho novedoso (pues alcanzó, como es sabido, cotas extremas en la Europa anterior a 1945), no obstante, dichas reacciones identitarias poseen, en la actualidad y para el caso estadounidense, perfiles propios e inéditos y, asimismo, polifacéticos. Requieren, en consecuencia, de análisis propios que tengan en cuenta el universo ideológico dominante nacido tras el fin de la guerra fría, el contexto propio —actual y pasado— del país norteamericano, así como el ámbito mundial globalizado y cambiante en el que éste se inserta.

Para acometer nuestro análisis de la derecha populista norteamericana empleamos el término “populismo” tomando como base la definición

aportada por Torres (1987, p. 171), según la cual, “en un sentido amplio y descriptivo”, se trataría de

(...)un movimiento político (o la fase de un movimiento más amplio) que se basa, para su eficacia, en amplias movilizaciones de masas a partir de una retórica de contenido fundamentalmente emocional y autoafirmativo, centrada en torno a la idea de “pueblo” como depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad, y vinculada a un líder, habitualmente carismático, cuya honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares.

Es esta, como admite la autora, una caracterización muy general que pretende captar un fenómeno que toma, también, muchas y diferentes formas. Una definición, en todo caso, que resulta, en nuestro caso, únicamente aproximativa, dado el carácter contradictorio y ambivalente de las respuestas populistas a la crisis general de la sociedad y la política norteamericanas.

2. LA MATRIZ: LA DEMOCRACIA “VACÍA” O “SIN ROSTRO”

Como se ha adelantado, las reacciones derechistas de carácter identitario no pueden entenderse como independientes del estado de cosas del que propiamente nacen y les sirve de sustrato, esto es, de algunas de las premisas del propio sistema liberal-democrático-capitalista. En efecto, aunque puede afirmarse que la aspiración comunitaria se encuentra siempre presente en el ser humano (esto es, el anhelo de una vivencia fraternal en el seno de una comunidad de referencia), no cabe duda de que, tal y como ha sido señalado por algunos estudiosos, las actuales sociedades hiperindividualizadas y caracterizadas por la desaparición de un fin ético común, que se corresponde con una percepción de precariedad e incertidumbre generalizadas, han traído consigo una proliferación del hecho identitario (Bauman, 2003), especialmente los de carácter excluyente frente a otras comunidades. Un fenómeno, no obstante, que no resulta completamente nuevo.

El sistema político democrático parece encontrarse hoy ligado inextricablemente a la economía capitalista. No es infrecuente que se hable, incluso, de un “capitalismo democrático liberal” como de un todo indisoluble (Zakaria, 2013, p. 96). Pero el capitalismo es un sistema que pivota sobre el individuo aislado, que persigue su propio beneficio (despojada ya de otros fines sancionados socialmente), siendo la eficiencia económica la legitimación social que esgrime. Es por ello que contribuye activamente a disolver las formas y sentidos comunitarios tradicionales. Es sabido que, a partir de los siglos XVII y XVIII, con el desarrollo de un capitalismo

llamado a entronizarse como el modo de organización económico-social dominante, la utopía de la constitución de un sistema político radicado en el individuo y su capacidad de decisión considerada autónoma, libre de lazos sociales naturales que pudieran limitarle —más allá del contrato social como único vínculo admitido—, tomó cada vez mayor predicamento. En razón de la progresiva mutación de la idea social desde la cosmovisión de raigambre cristiana y de herencia también clásica hasta la consideración de aquella como una mera agregación de individuos que persiguen su interés y seguridad, se va forjando la concepción de la sociedad como contrato. El concepto de contrato social constituye, en efecto, como es conocido, el fundamento esencial sobre el que se construyen las sociedades contemporáneas hasta la actualidad.

Pero la idea de contrato social como cimiento original de toda forma de organización social, tal y como defienden los pensadores burgueses ya al menos desde el siglo XVII, constituye un ataque frontal a la concepción contraria, defensora (de hecho o de derecho, de forma más o menos racional o instintiva) del carácter intrínsecamente social del ser humano. Así, aquella formulación supuestamente cosificadora de las relaciones sociales provocará la rebelión no solo de los pensadores socialistas, sino también de otras corrientes intelectuales y de sectores sociales diversos, como relató en su momento, por ejemplo, Polanyi (2003).

Puede, pues, afirmarse que las formas políticas propias del naciente liberalismo —y sus desarrollos posteriores, aun como producto de las presiones de las clases o grupos que se habían visto excluidos de la participación política (fundamentalmente el movimiento obrero y el sufragismo)— poseen una nítida correspondencia —o mejor aún, una complementariedad más que notable— con los fenómenos de individualización, desarraigo y atomización sociales introducidos por las dinámicas capitalistas. Efectivamente, lo que termina de hecho imponiéndose —a todos los niveles— es un nuevo modelo humano que había ido lentamente gestándose durante todo el proceso de desenvolvimiento de los primeros siglos del capitalismo, y que no es otro que el del/la individuo/a abstracto/a. Dicho en otras palabras: en la medida en que la cosmovisión cristiana va tornándose también más abstracta, esto es, más inaplicable o inaplicable en ámbitos tan diversos como la organización político-social o la ciencia, nos topamos con el ser humano “sin identidad”. Esto es, aquel que decide en función de criterios preferentemente utilitaristas o instrumentales, arropados aún, a veces, con la delgada pátina del “mayor bien para el mayor número”, pero en cuya esfera los valores carecen ya de contenido concreto, ya que se ha evanescido su fundamento ontológico, esto es, se han convertido en meramente formales. Plasmaciones de todo ello son ya sobradamente conocidas en sus

formulaciones más clásicas, como las de Mill, Bentham o Locke. Todo lo anterior toma correspondencia, igualmente, con un modelo de igualdad asimismo formal, donde las desigualdades reales de poder existentes a nivel social se presentan como prácticamente irrelevantes en ciertos planos (como el político, sobre todo al amparo del recurso electoral), e incluso como beneficiosas a nivel general, tal y como trata de demostrar el “principio de diferencia” rawlsiano (Rawls, 2002, p. 98).

En este proceso de relativización permanente, se va modelando históricamente, asimismo, un modelo según el cual los valores no son considerados, en el fondo, sino medios (instrumentos) para la satisfacción del que se considera legítimo interés individual (cuya base subjetiva, correspondientemente, no hará sino ampliarse). Si bien se entiende “progreso moral”, en ocasiones, como el hecho de lograr, conforme al viejo principio utilitarista, “ampliar la franja de personas cuyos deseos tomar en consideración” (Rorty, 2009, p. 26), parece inevitable, no obstante, que los requerimientos individuales (tengan una base objetiva o meramente subjetiva) entren permanentemente en conflicto entre sí. El principio de competencia, pues, viene de suyo, y, con él, el del merecido premio o recompensa a los considerados mejores. El antiguo juicio meritocrático sale, subsecuentemente, no solo reforzado, sino notablemente extendido a nivel social.

El modelo individualístico-democrático, fundado, pues, en un concepto de ser humano sin identidad, encuentra su arraigo originalmente en la concepción que la burguesía tiene de la propiedad, despojada ya de otros valores como los militares o guerreros, la defensa de la fe o la excelencia cultural. La universalización de los derechos de propiedad y la extensión de la competencia económica —en la medida que fueron eliminados los privilegios reconocidos por el Antiguo Régimen— supusieron una apertura democrática al mérito. Ello hasta el punto de que, como observaba con alarma un intelectual como Pasolini (1983, pp. 58-63) en los años setenta, aun sin acertar a dar nombre todavía al fenómeno, las distintas clases sociales habían perdido, al menos en la Italia de la época, sus propios perfiles culturales. Es decir, se estaba produciendo una homogeneización y pérdida de referentes culturales propios masiva y sin precedentes de la mano del proceso de individualización abstracta, esto es, desligada de valores concretos asentados en la comunidad. No es casualidad que se haya repetido, antes y después, aun de formas diferentes, que “la vindicación de identidad no es posible, acaba con la noción fundamental de individuo” (Valcárcel, 1997, p. 65). Se ha dicho, también, que “la verdad es incompatible con la democracia” (Martínez-Basquán, 2016). Una idea, muy extendida, que proviene de tomar la noción de verdad, propia de la modernidad, como un mandato tiránico que ahoga la libertad de las partes implicadas.

Como es sabido, los posicionamientos anti identitarios más explícitos y radicales se plantearán especialmente a partir de mediados del siglo XX, con la decadencia de la teoría marxista, la cual, a pesar de su relativismo historicista, se presentaba aún como una especie de refugio de la identidad por su creencia en la naturaleza social (y, por tanto, solidaria en última instancia) del ser humano. El triunfo, no obstante, se lo arrogarían las corrientes que harían de la identidad su auténtica bestia negra, tales como el existencialismo sartreano, una parte del propio marxismo (en este sentido, el estructuralismo de Foucault resulta especialmente ilustrativo) y sus derivaciones de la Escuela de Frankfurt y, especialmente, la llamada postmodernidad. Englobados en esta última, pensadores como Lyotard, Vattimo, Deleuze, Baudrillard o Rorty llevarían a cabo una labor de desmontaje de todo referente universal, convirtiendo toda “verdad”, religioso-moral, filosófica o científica, en relativa, esto es, referida y explicable por un contexto y un fin determinados, bien circunscritos temporal y circunstancialmente. Esto no trajo consigo la destrucción misma de la idea de identidad, sino únicamente la de identidad universal, igualmente válida, supuestamente, para todos los seres humanos. Comenzaba, pues, la era dorada de la proliferación de identidades, de la afirmación del pluralismo identitario (ya fuera cultural, racial, de género, sexual o de otros tipos), que valoraba la diversidad por sí misma de prácticamente todo tipo de manifestaciones, sin establecer jerarquizaciones entre ellas (esto es, sin tratar de distinguir si unas podían resultar más esenciales que otras), lo cual, inevitablemente, hubiera tenido que hacerse atendiendo a un criterio de unidad (en función de lo que se considerara propiamente “humano” y, por tanto, también “inhumano” o “deshumanizador”). Esto último, puesto que se había desechado no solo la idea de “hombre” (en el sentido de género humano) como tal, sino incluso la de “todo” o “totalidad” (en sentido absoluto) (ya Adorno había afirmado la idea de “la totalidad como no-verdad”), carecía naturalmente de sentido. En los Estados Unidos, la defensa de la proliferación identitaria ha correspondido especialmente a la que Rorty (1999) denominaba “izquierda cultural”, a la que criticaba por su abandono de un auténtico compromiso social y por su defensa de toda diferencia en sí misma, sin atender a su contenido. Más adelante podremos comprobar cómo la actual “derecha alternativa” de ese país ha puesto en su punto de mira a esta izquierda y su tolerancia en el fondo indiferenciadora.

Con la afirmación postmoderna de la pluralidad identitaria vendrán a sancionarse, pues, los fenómenos de multiculturalidad y mestizaje en las sociedades occidentales. Estos responderían, a su vez, a unos procesos de profundización en las dinámicas globalizadoras especialmente con la imposición de los principios neoliberales a partir de los años setenta. Ello

se combina, no obstante, con la exacerbación de una individualización producto de la fragmentación y debilitamiento, aún mayores, de las instituciones tradicionales, y en la que una fuerte incertidumbre sirve de cauce a una exigencia desmedida al individuo, que tiene la sensación de que debe construir permanentemente su propio destino (Beck, 2003). La desconexión de fines comunes y el énfasis puesto en la responsabilidad individual agudizarán los mecanismos de competencia, consustanciales, no obstante, al propio modelo económico-social contractual e instrumental (esto es, donde el “criterio de operatividad” sea principalmente “tecnológico, no [...] pertinente para juzgar lo verdadero y lo justo”, como sentenciaba Lyotard, 1993, pp. 10-11). Ello resultará viable, no obstante, mientras las expectativas generales de provecho material se perciban como razonablemente altas, como pudo ocurrir en la sociedad norteamericana especialmente hasta el estallido de la última crisis. Pero una de las consecuencias de semejante dinámica de individualización, como recordaba Bauman en una obra de Beck, será que “lo que emerge de las marchitas normas sociales es un ego desnudo, asustado, agresivo, que busca amor y ayuda. En la búsqueda de sí mismo y de sociabilidad afectuosa, se pierde fácilmente en la jungla del yo” (Beck, 2003, p. 26). Puesto que se han evanescido fines verdaderamente integradores y la comunidad toma, en realidad, forma de refugio ante un entorno que se percibe como hostil y desasosegante, especialmente en momentos de dificultades económicas, esa “sociabilidad afectuosa” tomará muy frecuentemente formas perversas, como podrá comprobarse en el caso del populismo de la derecha alternativa.

En este contexto, marcado por la abundancia material en las sociedades occidentales especialmente a partir de la recuperación de la segunda posguerra mundial, resulta comprensible no solo que la dinámica consumista llegue a hacerse tan necesaria para revestir efímeramente a individuos cada vez más desustancializados, sino que se trate de un modelo que se corresponde perfectamente con la importancia desbordada que toman el dinero, las finanzas y el comercio, muy especialmente a partir de la imposición de los nuevos patrones económicos neoliberales entre los años setenta y noventa del pasado siglo. Desde una parte del espectro político, la concepción de una sociedad democrática en competencia, pero sensible a los condicionantes impuestos por la diferente extracción social, impulsará, especialmente a partir de la consolidación del modelo del Estado asistencial o Estado providencia, la idea de la necesaria “igualdad de oportunidades” para asegurar la capacidad de competir desde situaciones de desigualdad que, a su vez, las reproducen.

Dado que las propias raíces del proceso de abstracción individualizadora se sitúan, en buena medida, en el liberalismo económico y político

de los siglos XVII al XIX (opuesto, por tanto, a las ideas de pertenencia tradicional propias del Antiguo Régimen), resulta comprensible que tales ideas fueran adoptadas, a partir de los comienzos de la contemporaneidad, por buena parte de la llamada izquierda política. Si bien, entre otros factores, semejante tendencia se vio relativamente refrenada durante más de un siglo por el ascendiente del pensamiento y la praxis marxista, con su progresiva decadencia y la práctica desaparición posterior de su influencia, no cabe duda de que dicha concepción toma plena carta de naturaleza entre los pensadores y políticos considerados de izquierda. De esta forma, tanto la izquierda como la derecha mayoritarias encuentran (especialmente a partir de los años sesenta en la Europa occidental, y décadas antes en Estados Unidos, donde prácticamente no puede hablarse de “izquierda” en el sentido europeo del término), notables puntos de coincidencia en sus concepciones básicas. Aunque con matices, ambas darán por bueno el prototipo de “individuo racional maximizador de utilidad” como pivote esencial donde descansan la construcción social y la “creación de riqueza” y, en consecuencia, también asentarán y colaborarán activamente con los fundamentos y dinámicas contractuales de la organización de la sociedad. Unas sociedades —llamadas de bienestar y consumo a partir de los años cuarenta en los Estados Unidos, y cincuenta en Europa— que, más que nunca, se asentaban sobre un pacto entre clases —y, pudiéramos decir, también entre grupos étnicos e identidades diversas—, a pesar de las inevitables tensiones, cohesionadas por las ya mencionadas expectativas de prosperidad general, que mitigaron, con ayuda de la correspondiente intervención estatal, las desigualdades sociales durante dos o tres décadas.

Se asistía, así, pues, en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y, a partir de 1989, con la desintegración definitiva del que había sido su enemigo irreconciliable durante buena parte del siglo, a la culminación del modelo individualístico-democrático, que hemos dado en llamar también democracia “vacía” o “sin rostro”, por encontrarse fundamentado, justamente, en la noción de individuo abstracto. Un modelo puramente formal, en el que las identidades, plurales, pero también cada vez más fragmentadas, e incluso a veces irrelevantes y anecdóticas, carecen de proyección universal; donde se afirma, pues, la convencionalidad de principios y valores, que no encuentran ya arraigo ontológico. Es la era dorada de los principios de igualdad formal, de la ética de los derechos humanos, que trata de asegurar el reconocimiento de unos estándares mínimos, pero que se encuentra con notables problemas de fundamentación e, incluso, de dudas sobre su verdadera universalidad (Lucas, 1994; Ignatieff, 2003). Si en la llamada “modernidad ‘sólida’”, “los modelos de justicia lucharon por ser sustantivos y comprensivos”, en la “líquida”, “el principio de los

derechos humanos no puede ser sino formal y abierto” (Bauman, 2003, p. 89). Ello sin contar con que, como demuestra por ejemplo la política exterior norteamericana durante toda la guerra fría, éstos no logran tener preferencia frente a criterios más pragmáticos, aunque consistan en la anulación, incluso, de derechos formales tomados del patrón occidental, como se demuestra en todas las acciones de apoyo a dictaduras u otros regímenes autoritarios, siempre que colaboraran en el objetivo principal del combate anticomunista. Son momentos en los que se vindican con fuerza, asimismo, los llamados “valores de convivencia”, entendidos como la aceptación de un orden, regido por unas normas salvaguardadas en última instancia por el Estado, donde cada cual encuentra asegurado su derecho a tratar de realizar sus proyectos particulares, individuales o colectivos, siempre que no interfieran con el mismo derecho formal reconocido al resto de “actores” sociales.

Parece poder advertirse que un modelo como el descrito, cuya base de valores fraternales se presenta de forma ambigua, no ofrecía una base medianamente sólida para mantener actitudes comprensivas, integradoras y solidarias en escenarios de escasez y agudización de la competencia. A partir, pues, de la gran crisis económico-financiera de 2008, iniciada en los Estados Unidos, se asiste a un escenario de conflictividad en alza que introduce o incrementa tensiones en el interior del sistema. En este contexto, el propio debilitamiento, durante décadas, de los partidos republicano y demócrata (divisiones internas, indefinición ideológica, corrupción), y su creciente desconexión de las clases trabajadoras, especialmente las blancas, acabará propiciando el auge insospechado de una facción al principio relegada a oscuros sitios en Internet, pero que acabará conectando a la perfección con el mensaje del populismo trumpiano.

3. EL POPULISMO NORTEAMERICANO: EL VIRAJE HACIA UN IDENTITARISMO EXCLUYENTE

Son multitud los medios y autores que han tratado de definir los principales rasgos y protagonistas de la nueva extrema derecha norteamericana, conocida comúnmente como *Alternative Right* (derecha alternativa [DA]) o, abreviadamente, *Alt-Right*. No es, pues, nuestra intención realizar aquí una caracterización exhaustiva, pero sí tener en cuenta aspectos esenciales de la misma con el fin de tratar de entender su naturaleza y alcance, así como algunas de las condiciones sociales, económicas e ideológico-culturales que la han hecho nacer.

En primer lugar, se hace preciso puntualizar que, como es sabido, no resulta posible identificar plenamente el llamado “fenómeno Trump”, así

como su labor de gobierno realizada hasta el momento, con los postulados de la DA, la cual, por otra parte, no constituye una corriente muy estructurada ideológicamente ni demasiado unitaria. Pero sí puede afirmarse que, sin duda alguna, se han solapado, e incluso nutrido mutuamente, al menos durante un tiempo. Así, el actual presidente norteamericano no es ni ha sido considerado un componente o miembro de la DA, pero, como se ha señalado con anterioridad, su candidatura, así como su posterior elección presidencial, fueron apoyadas y celebradas entusiásticamente entre las filas y líderes del movimiento (S.A., 2016; Spencer, 2016), aunque posteriormente, y entre otras cosas, con la política abiertamente intervencionista del presidente en el exterior, se ha producido un indudable distanciamiento respecto al mismo (Spencer, 2017). El propio Trump, por otra parte, había ganado popularidad durante su campaña por la existencia de populares foros digitales como 4Chan y 8Chan, que, aparte de darle soporte, constituían ya una expresión de lo que él mismo venía a representar. Ello sin contar con que el nuevo presidente colocó a uno de sus rostros más conocidos —Steve Bannon, director del portal de noticias Breitbart News— como asesor presidencial entre enero y agosto de 2017. Por tanto, aunque diferenciados, no cabe duda de que se trata de distintos aspectos de un mismo fenómeno esencial: la emergencia de una derecha que se reivindica como *anti-establishment*, esto es, que se considera traicionada por las políticas del Partido Republicano de las últimas décadas por, supuestamente, haberse plegado a concepciones y políticas que juzgan propias de la “izquierda” (incluyendo entre estas las que han sido señeras del Partido Demócrata durante décadas). Tales ideas y políticas se habrían convertido, según dicha derecha, en dominantes a nivel general. Entre ellas cabe señalar dos de forma privilegiada: la anuencia hacia el fenómeno multicultural, provocado por normas y prácticas permisivas con la inmigración legal o ilegal, y la profunda inserción de la economía norteamericana en el proceso de globalización, que habría sido lesiva hacia los intereses nacionales.

Al parecer, el término *Alternative Right* surge hacia 2008 de la mano de uno de sus principales representantes, Richard B. Spencer, director del Instituto de Política Nacional (National Institute Policy), si bien algunas de sus figuras señalan la emergencia de tal etiqueta a la vida política nacional en 2015 (Yiannopoulos, Bokhari, 2016). Aunque, en general, la desaparición de un formidable enemigo común, como había sido el comunismo, hizo multiplicarse las contradicciones entre los conservadores, pueden situarse más concretamente sus orígenes en la reacción experimentada hacia las políticas neoconservadoras, consideradas mayoritariamente como desastrosas, especialmente durante la presidencia de George W. Bush. Esta oposición dio alas a los paleoconservadores, que, en cierta medida, se encuentran entre

los orígenes de la DA (Nash, 2016). Unas políticas que, en parte, unidas al impacto de la emergencia económica y las medidas públicas de rescate puestas en marcha a partir de 2008, darían lugar al nacimiento del Tea Party como facción dentro del propio Partido Conservador. No obstante, aquel parece haber sido barrido casi completamente por la DA, exterior al partido. Los posicionamientos anti “neocon” de buena parte de la DA vendrían referidos a lo que entienden como sobredimensionamiento del Estado (derivado especialmente de su intervencionista política exterior) y a su incapacidad para detener la amenaza islamista, aunque muchos de ellos se mostrarían también contrarios a su liberalismo extremo, su exacerbado individualismo, su absoluta confianza en la idea de progreso material (especialmente de carácter técnico-científico) y su abandono de las cuestiones civilizacionales, y su apuesta globalizadora (cfr., entre otros, Spencer, 2015). Esto no quiere decir, naturalmente, que no hayan atacado también muy duramente las políticas y figuras demócratas, como Barack Obama o Hillary Clinton.

A pesar de su contextualización en un escenario político-económico muy concreto en los Estados Unidos, la DA entronca con un movimiento más vasto de emergencia de las derechas esencialistas o identitarias que tiene lugar en los últimos años, también en Europa. En este sentido, una parte —quizás la más significativa— de la DA señala como uno de sus orígenes intelectuales el movimiento de la Nueva Derecha nacido en Francia a finales de los años sesenta, y especialmente a Alain de Benoist, una de sus figuras más destacadas, y que posee ramificaciones posteriores y movimientos paralelos en otros lugares de Europa. Algunos otros de sus referentes intelectuales son el Movimiento Revolucionario Conservador, surgido en Alemania en el periodo de entreguerras, con figuras como Oswald Spengler y Carl Schmitt; así como los paleoconservadores norteamericanos, especialmente Patrick Buchanan y Samuel T. Francis. Figuras de referencia serán, asimismo, intelectuales y artistas como H. L. Mencken o Julius Evola. Las concepciones nietzscheanas de desprecio a la masa y la moral convencional y de persecución del ideal del superhombre, entre otras, están también presentes en algunos de estos personajes y en la propia DA. Al mismo tiempo, existe una indudable ligazón con el pensamiento neorreaccionario radicado en los propios Estados Unidos, y que cuenta con las figuras de Curtis Yarvin y Nick Land como sus principales referentes. Esta pretendida filosofía, que se encuentra asimismo entre los fundamentos intelectuales de la DA, es conocida también como ‘Ilustración oscura’ (*Dark Enlightenment*), y sus principales rasgos definitorios son sus posicionamientos elitistas y antidemocráticos, así como anarcocapitalistas. Y, a pesar de su rechazo al

populismo y la participación política de las masas, no han dudado, no obstante, en aprovecharse del ascenso de Trump (Kirchick, 2016; Gray, 2017).

Como queda dicho, la DA ha venido tomando rasgos y matices diferentes, y de hecho suelen distinguirse diversas corrientes o manifestaciones en su seno, distinciones realizadas también por ellos mismos, aunque los matices y etiquetas empleadas para ello pueden variar (Reguera, 2017; Raim, 2017; Yiannopoulos, Bokhari, 2016; McInnes, 2017). Aunque sin pretender profundizar en este punto, pues a lo que se aspira aquí es a tratar de sintetizar lo esencial de este fenómeno político-sociológico, podría señalarse, por una parte, una especie de “núcleo duro” más intelectualizado y con una orientación identitaria más marcada. Este constituiría la *alt-right* propiamente dicha. Por otra, nos encontraríamos con un sector más difuso y mediático, apodado un tanto sarcásticamente *alt-light* (“alternativa ligera”), la cual serviría “a la función de popularizar ideas que desafían la narrativa liberal, como el absurdo del feminismo occidental dominante (*sic*) y el estado de bienestar-de guerra, para una audiencia amplia” (Undonne, 2017). Se caracterizaría, pues, esta última, por su tono permanentemente provocador contra lo denominado “políticamente correcto” (lo cual involucra, sin embargo, de forma constante temas identitarios, como el racismo o las cuestiones de género e identidad sexual). Su reclamo permanente de la “libertad de expresión” les lleva a definirse como “libertarios conservadores” (*conservative libertarian*). Relativamente al margen tanto de uno como de otro sector, se encontrarían numerosos jóvenes involucrados en las redes sociales con actitudes extraordinariamente irreverentes ante todo lo que pueda considerarse digno de algún respeto (los llamados *trolls*), pretendidamente humorísticas pero altamente insultantes, e incluso abiertamente adscritas a símbolos y proclamas neonazis. No obstante, a pesar de todas estas distintas manifestaciones y tendencias, existen elementos comunes de suficiente relevancia como para considerar todo este elenco como un fenómeno único, aunque con distintas formas de exteriorización.

En efecto, aun con los necesarios matices y en ámbitos que pueden variar, la DA pudiera entenderse, en líneas generales, como una reacción de carácter identitario. En primer lugar, y al menos en lo que respecta a una buena parte de su espectro, tratan de defender una forma de ser definida, de carácter etnocéntrico (sea norteamericano o, más ampliamente, de la civilización blanca occidental), aunque no solo. Pero van más allá: no se trataría únicamente de una forma de ser aleatoria, determinada por circunstancias del medio natural e histórico, sino de una forma de ser esencial, esto es, que no puede ser de otra manera, ya sea por características genéticas, por rasgos espirituales inherentes o por ambas cosas a la vez. Como alguno de sus portavoces más afamados (Jared Taylor) ha declarado, “toda la DA

está unida en el rechazo de la idea de que la raza es sólo una ‘construcción social’” (S.A., 2016). Y, de la misma manera —y al parecer siguiendo en este punto al francés Alain de Benoist, y algunas teorías organicistas—, también creerían en la existencia de una identidad propia y singularísima para cada cultura, tan estable que, de hecho, solo podría entenderse porque derivaría, asimismo, de una determinada identidad racial (Yiannopoulos, Bokhari, 2016). Ahora bien, semejante cuestión vendría a ser defendida empleando diferentes discursos y estrategias, desde el puramente neonazi de un Andrew Anglin, cuyo abierto posicionamiento en este sentido creó malestar entre otros nacionalistas blancos, hasta otros, supuestamente más moderados, que pretenden ser representantes del verdadero nacionalismo blanco, y que niegan abrazar cualquier tipo de racismo o supremacismo. Estos últimos, con figuras como Taylor, autor de *American Renaissance*, Paul Ray Ramsey o Colin Liddell, se caracterizan por su rechazo frontal a la idea de la igualdad de las razas, defendiendo el supuesto derecho de cada una de ellas, y por tanto también de la blanca, de “vivir entre iguales”, sobre todo desde el momento en que “los no blancos no pueden sostener la civilización occidental” (Taylor, 2016).

A partir de estas premisas queda claro que la gran bestia negra de esta nueva derecha norteamericana es la idea de igualdad. Efectivamente, aplicada esta última a diferentes niveles —racial, cultural, de género, etcétera—, es considerada una abstracción que no hace justicia a lo singular y único de cada una de las expresiones comprendidas en estas esferas (o sea, razas, culturas, religiones, sexos...), pues no debe ser igualado aquello que sería, supuestamente, intrínsecamente diferente. Para apoyar semejante argumento se recurre en no pocas ocasiones al término de “biodiversidad humana”, tomado especialmente del neorreaccionario Steve Sailer. Pero resulta patente que este argumento es una manera, más o menos abierta, de introducir comparaciones y jerarquías, y, en definitiva, de sostener la superioridad blanca.

Lo más relevante es, quizás, que semejantes posicionamientos no se limitan a una defensa abierta del nativismo, muy común en la historia americana casi desde sus comienzos, sino que pretenden atentar contra un universo intelectual y de valores amplio que, según consideran, habría tomado la hegemonía indiscutida en el mundo occidental. Semejante conjunto de ideas y valores se plasmaría en el “universalismo moral”, muy bien representado por la llamada “ideología de los derechos humanos”, así como por nociones como “igualitarismo, modernidad, progreso, globalismo” (Kurtagic, 2011). El objetivo sería fundar un orden nuevo que supusiera la superación del anterior, que se considera agotado y sumido en el fracaso, por mucho que, se dice, sea el que esté sosteniendo a las elites políticas elección tras elección. En un tono especialmente altisonante, el

autor citado expresa la aspiración del movimiento (en este caso sus palabras se pronuncian en el seno de la primera conferencia nacional, de 2011, del Instituto de Política Nacional, titulada “Hacia un nuevo nacionalismo”) de convertirse en “Maestros del universo una vez más” (“Masters of the Universe once again”), en referencia al “revival” ya experimentado en la Europa de entreguerras. Asimismo, se lleva a cabo un paralelismo con otros movimientos de extrema derecha que se despliegan actualmente en el viejo continente, como el Frente Nacional en Francia o el neonazi Partido Nacional Democrático (NPD) en Alemania.

Se trata, pues, de un debate y una movilización que se plantean en un plano no solo político, sino fundamentalmente cultural, al decir de algunos voceros de la DA. Ello es debido a que lo que se percibe no es únicamente la decadencia del sistema político norteamericano, o unas prácticas económicas, o de política exterior, desastrosas, sino una crisis completa de civilización, cuyo futuro resultaría incierto; que se encontraría, de hecho, en peligro de desaparición. Una civilización, por otra parte, que se entiende encarnada indisolublemente con la raza blanca, la llamada también, en general, población “europea”, en alusión a sus orígenes, según se expresa en algunas publicaciones.

De esta forma, por una parte, se van a cuestionar algunos fundamentos de la propia modernidad occidental, como veremos, mientras que, por otra, se asiste con suma preocupación, por parte de algunos autores, a lo que se entiende, refiriéndose a esa misma “América blanca”, como “su desplazamiento demográfico, la erosión de su seguridad, poder e influencia, y la amputación de su futuro”. Es lo que se denomina el “gran borrado” (*great erasure*), al cual supuestamente trataría de responder el fenómeno Trump en los Estados Unidos. No obstante, esta pérdida progresiva de influencia de la raza blanca constituiría, según la DA, un proceso de dimensiones globales, “tal vez el desenvolvimiento histórico más importante en los últimos quinientos años”, al decir de Spencer (2016).

Nos encontramos, pues, especialmente a través de esta apelación a la raza, con un fuerte referente comunitario que, se considera, mayoritariamente habría perdido el hombre occidental contemporáneo debido a las arraigadas nociones de un igualitarismo abstracto: “Exigir a la gente que se vean unos a otros como seres humanos y no como miembros de un grupo demográfico supone ignorar todos los avances en materia de psicología tribal”, afirman en el famoso “manifiesto” de la DA Yiannopoulos y Bokhari (2016, §22), apelando a nociones como el “conservadurismo natural” de Jonathan Haid (*The Righteous Mind*), según la cual existe un instinto en el ser humano que le llevaría naturalmente a priorizar los intereses de su propio grupo demográfico. Así pues, se trataría de devolver a la persona

humana un sentido de pertenencia comunitaria que se considera esencial y que se habría perdido hoy por los efectos perniciosos del multiculturalismo (que a la postre desvirtuaría todas las culturas) y el individualismo. Pero es este argumento, ante todo, un recurso para negar una unidad esencial: la de la humanidad como un todo. En la búsqueda desesperada por la recuperación de una identidad propia, cada vez más difusa, lo que se hace, de hecho, es afirmar la existencia de varias “humanidades”, incompatibles entre sí: “La alt-right no mantiene una visión utópica de la condición humana: de la misma manera que se inclinan por priorizar los intereses de su tribu, reconocen que otros grupos —mejicanos, africanos, americanos o musulmanes— es probable que hagan lo mismo” (Ídem, §34). Con mayor claridad, pero con idénticas pretensiones, lo afirmaba, a finales de los años setenta, Alain de Benoist (1982, p. 25) apelando al nominalismo filosófico: “No hay un hombre en general, una ‘humanidad’ [...]. No hay un hombre en sí, sino tan sólo culturas con sus características y leyes propias”.

En este sentido, la DA conecta perfectamente con la protesta que ya elevaba la llamada nueva derecha francesa contra la progresiva pérdida de la diversidad del mundo; una diversidad que se considera positiva, pero siempre que esté regida por una “relatividad general”. Esto es, cada cultura constituiría una “estructura autosuficiente” que se autorreferenciaría absolutamente, sin que sea viable, en ningún caso, la pretensión universalista de una síntesis, lo que supone un forzamiento totalitario que tiende a desvirtuarlas completamente (ídem, 32; ídem, 2016).

De hecho, es el ataque contra el universalismo, y especialmente contra el universalismo moral, que se encuentra en la raíz de toda concepción igualitarista, y por tanto también fraternal entre todos los seres humanos, lo que sitúa a la DA en una especie de posición antilustrada. El ya citado Benoist (1982, p.46) expresaba con toda claridad esta posición cuando afirmaba que “el enemigo” no era la izquierda ni el comunismo, sino la “ideología igualitaria” que venía floreciendo desde hacía dos mil años, y de la que derivaban 1789 y el comunismo. Según él, frente a ella, que implicaba una aceptación ontológica del ser humano, debía colocarse la postura antigualitaria, que los juzga por su supuesto valor.

Decíamos más arriba que lo que unifica en general a la DA populista de Estados Unidos es su persecución de una singularización identitaria, aunque esta pueda adquirir diferentes manifestaciones. Por una parte, dichas aspiraciones identitarias pueden tomar en ocasiones la forma de la vindicación de una política nacionalista y aislacionista, prorrusa (por el deseo de unión de la “raza blanca” tras un siglo de ruptura), antinmigratoria y de un Estado pequeño, con la consecuente reducción de las políticas sociales y del llamado Estado gerencial (*managerial estate*), como reivindica

un intelectual como Paul Gottfried, un paleoconservador mentor de autores de la DA; aunque por su parte Trump se haya alejado de las consignas tradicionales del Partido Republicano en algunos de estos ámbitos, apoyando, dentro de su línea nacionalista, unos gastos públicos ambiciosos (Fisher, 2017). Por otra parte, otra de las consecuencias de la obsesión antigualitarista de esta derecha ha sido la consideración, asimismo, de la supuesta rebaja experimentada en la condición masculina, especialmente tras el supuesto “empoderamiento” femenino y la extensión de las manifestaciones homosexuales, entre otras. No es esta, pues, sino una reacción furibunda hacia la penetración social de algunos principios del feminismo, preconizadores de la igualdad entre géneros, así como de las reivindicaciones por el reconocimiento de derechos de los colectivos con orientaciones sexuales e identidades de género diversas. Se trata nuevamente de un sujeto —el varón de raza blanca— que se contempla como amenazado de desaparición o debilitamiento bajo el avance de principios igualitarios. Autores como Jack Donovan o Mike Cernovich, insertos en el universo de la DA, tratarían de llevar a cabo dicha rehabilitación de una masculinidad mermada, aunque un feroz antifeminismo (cuando no una abierta misoginia) constituye una característica general de todo el movimiento, si bien las posturas en torno a la homosexualidad pueden resultar más variadas. Todo ello dentro de la consideración, nuevamente, de un hombre (también, en especial, en el sentido de género) occidental falto de raíces y referentes colectivos, de redes comunitarias que lo acojan y de proyectos que lo trasciendan, que no pocas veces tratan de recuperarse mediante la apelación a principios irracionales (biológicos), muy evidentes, por ejemplo, en las publicaciones de Donovan.

Todo lo expuesto anteriormente nos permite, asimismo, conectar con el conocido argumento del “hombre (y mujer) olvidados” (*forgotten man*) por su gobierno; se trataría, en realidad, de diferentes sectores sociales (y raciales) de la población estadounidense que, encontrándose en competencia entre sí, habrían sido relegados —olvidados relativamente— por las políticas del poder estatal, una idea que habría marcado la política norteamericana desde el New Deal (Gage, 2016). Fue a este “hombre olvidado” al que apeló Trump en su campaña, justamente las clases medias y trabajadoras blancas que se han visto más dañadas por el proceso de globalización económica, y que habrían ido desarrollando un hondo resentimiento especialmente hacia las elites políticas, económicas y culturales por las cuales se sienten despreciadas y estafadas (Frank, 2016). Traicionadas, precisamente, porque, como ha estudiado Hochschild (2016), debido a las políticas de discriminación positiva desplegadas especialmente por las administraciones demócratas hacia determinadas minorías, sentirían que no se habrían respetado los principios de competitividad que presidirían el “sueño americano”, lo cual les habría

perjudicado considerablemente. A ello se uniría un creciente sentimiento despreciativo por parte de buena parte de las elites (especialmente las demócratas radicadas en las metrópolis de las franjas costeras) hacia esa población, a la que consideran ignorante y retrógrada, como lo hicieron manifiesto a raíz de la victoria electoral de Trump (Nagle, 2017; Navarro, 2017).

Esta constituye la base, justamente, del populismo trumpiano y de buena parte de la nueva derecha de ese país. Con el fin de la guerra fría, Estados Unidos queda huérfano de un proyecto de liderazgo mundial, por el que debe competir con el resto de democracias liberales, con las cuales las relaciones son cada vez más frías (Sánchez, 2003, p. 37). En este contexto, las iniciativas para la revitalización de la idea del excepcionalismo y el papel director del país en el ámbito internacional, como el famoso Proyecto para un nuevo siglo estadounidense, fundado en 1997, proliferan. A ello se une un lento pero progresivo declive de la potencia norteamericana desde hace algunas décadas (Todd, 2012, pp. 17-18), acentuado posteriormente con el impacto de la crisis económico-financiera de 2008. En un momento de fuerte erosión de las capas trabajadoras en las regiones centrales e industriales del país, muy venidas a menos por el proceso de globalización, que afecta especialmente a la población blanca, menos protegida relativamente por las ayudas estatales, el mensaje nacionalista de Trump, *Make America Great Again*, cala profundamente. Y sobre todo porque conecta con ese resentimiento de los trabajadores y clases medias blancas por su lenguaje pretendidamente nuevo, por desmarcarse de los habituales discursos de “derecha” e “izquierda” (en el sentido que toman estos términos en la política norteamericana), pero que no es en realidad sino la ya vieja retórica populista que “denigra a las elites, combinado con la glorificación del pueblo y un anti-intelectualismo bastante intenso y escepticismo hacia los expertos. Es una mezcla muy poderosa que aprovecha ansiedades y miedos” (Fisher, 2017).

Conectamos, de esta forma, con la definición de populismo aportada más arriba, pues resulta evidente que tanto el propio Trump como la derecha que lo acompaña ha tratado de explotar los sentimientos de indefensión y rabia de las masas populares con su retórica nacionalista y antielitista. Sin embargo, resulta crucial subrayar el hecho de que tanto uno como otra adoptan, en realidad, el poderoso sentido de superioridad que se ha hecho evidente entre los selectos grupos de poder desde hace algún tiempo, como señala la ya citada Nagle (2017). Se trata, pues, de un populismo oportunista que no parece desde luego creer, sino tal vez de forma muy abstracta por parte de algunos, en el “‘pueblo’ como depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad”, al tiempo que tampoco sus líderes se encontrarían preocupados por las virtudes de la honestidad y la

fuerza de voluntad para cumplir los deseos populares, como indicaba Torres (1987). Resulta, de hecho, palmario, el elitismo inherente a muchas de las manifestaciones de la DA, que ha querido aprovechar el populismo de Trump pero distanciándose netamente de él: “es un maestro indisputado de los vulgares y estúpidos”, afirmaba Spencer (2016). Un elitismo que se hace palpable en el tono despectivo empleado hacia muchos colectivos (mujeres, homosexuales, minorías étnicas, conservadores “renegados” e incluso los denominados *normies*, o seguidores de lo convencional, entre otros). Asimismo, en aspectos ya apuntados como el énfasis en el distinto valor de las culturas, o su oposición a las políticas de protección social (“dejad de ser pobres”, rezaba uno de sus eslóganes más famosos) y, en general, a toda idea de igualdad, incluida la cristiana. También se hace tangible en las alusiones a un “tiempo nuevo” que implicaría, asimismo, un “hombre nuevo” (en velada alusión nietzscheana) capaz de trascender los clichés izquierdistas establecidos, refiriéndose, naturalmente, a ellos mismos (Kurtagic, 2011).

Aunque no siempre se expresa abiertamente, resulta evidente que una parte de la DA se muestra reacia al liberalismo y la democracia, a los que considerarían responsables de la degeneración de la civilización occidental, dando lugar a la proliferación de sociedades mediocres, vacías, hiperconsumistas, sin fines claros, y sumidas en un mestizaje supuestamente empobrecedor. No obstante, algunos se muestran manifiestamente ambiguos al respecto, porque la apelación directa a pretendidos valores occidentales, como “la democracia liberal capitalista”, la libertad (especialmente la de expresión) o incluso la igualdad y el cristianismo (Yiannopoulos, 2016; Rubin, 2015) justificaría sus críticas y las haría digeribles para el gran público. En otras ocasiones, y en especial a lo que se refiere al núcleo duro de la DA, se muestran críticos hacia determinados aspectos del capitalismo y el mercado (aunque no hacia la propiedad privada), así como hacia su grueso materialismo. Los neorreaccionarios, en cambio, aunque no se los considera completamente insertos en el universo de la DA, preconizan la desaparición completa del Estado y un capitalismo total.

Se ha dicho de la DA norteamericana que, alejándose de “los lugares comunes del racismo y el machismo convencional”, hace gala de “un espíritu de renovación de ambas ideas por medio de la colonización de los marcos discursivos y la retórica de la izquierda postmoderna al servicio de su radical opuesto” (Reguera, 2017). La DA, sin embargo, no solo emplea a su favor dicha retórica; a pesar de su persecución denodada por la restauración de la identidad (que se presenta, no obstante, de forma fragmentada y reactiva), se ve, contradictoriamente, no pocas veces imbuida de esa naturaleza postmoderna que parece hoy omnipresente. Muchos de sus líderes son figuras mediáticas que buscan desaforadamente su propio protagonismo

personal, recurriéndose con frecuencia a la excentricidad, la provocación y la relativización de principios morales tradicionales (uno de “sus principios básicos” sería “el derecho de cada uno a hacer lo que le dé la gana”, Pardo, 2016). En ocasiones se apela a un individualismo notorio: “¿Quién posee autoridad moral para decirte cómo debes vivir? Nadie. Tienes que vivir como quieras” (Cernovich, 2017). Pero, seguramente, lo que más les acerca a la postmodernidad, a pesar de sus grandes diferencias con ella, radica, precisamente, en una concepción parcialmente coincidente en el tema de la identidad. Efectivamente, aunque por diferentes razones, tanto una como otra niegan el universalismo filosófico y moral, y, por tanto, también la existencia de una única identidad humana. En definitiva, vienen a coincidir en su afirmación de la existencia de identidades siempre plurales.

4. CONCLUSIONES: DE LA DEMOCRACIA “SIN ROSTRO” A LA REACCIÓN IDENTITARIA

Parece claro que el auge de la DA en Estados Unidos debe ponerse en estrecha relación con el cambio de ciclo económico a partir de 2008, aunque sus semillas estuvieran sembradas desde mucho antes. La debacle representada por esa gran crisis se sumaba a un proceso de aumento de las desigualdades salariales y de renta en las sociedades norteamericana y europea desde los años setenta (Piketty, 2015). A ello se unían situaciones de deterioro como un creciente desempleo, subempleo, inseguridad laboral, marginación y aumento de la inmigración. Lo anterior no es independiente, además, de una posición declinante de ese país en el tablero internacional, que hace temer por la continuidad de su hegemonía, lo cual resulta especialmente lacerante en una nación que se considera tradicionalmente marcada por un “destino manifiesto”.

Puede decirse que, en este contexto, el modelo democrático-capitalista, con su entramado formal de derechos y su idea de individuos autosuficientes que compiten libremente entre sí en función de sus méritos, deja ver sus costuras. La propia pérdida de soberanía del Estado-nación en la vorágine globalizadora, la voracidad de las élites globalistas (vinculadas estrechamente a las culturales, sobre todo demócratas), que enarbolan un igualitarismo abstracto que beneficia una inmigración que arrastra a la baja los precios de la mano de obra, que hacen muestras de desprecio soberano hacia los “ignorantes” y “estúpidos”, y que anteponen los intereses corporativos a los nacionales, y la ausencia de referentes internacionalistas por parte de las clases trabajadoras, todo ello provoca una gran incertidumbre, al tiempo que la acumulación de un creciente resentimiento. Pero seme-

jante desdibujamiento de los referentes colectivos acabará generando, por reacción, la búsqueda y afirmación de valores “originales” que conjuren el sentimiento de apátrida dentro de la propia patria.

Dicho movimiento de reacción, que acabará configurando, como tal, la *Alt-Right*, tomará la forma ambigua de la lucha contra lo “políticamente correcto”, que es una manera de calificar el universalismo y el igualitarismo liberales, aunque ello arrastrará a otros movimientos igualitarios como el cristianismo —que también recibe sus críticas, aunque suavizadas por el hecho de considerarse parte de la identidad americana— y el comunismo. La corriente acabarán abanderándola aquellos que hagan volver a conectar a una parte la sociedad norteamericana con la idea de que es ella la que se encuentra dotada de derechos y méritos sustantivos por contarse, supuestamente, entre los herederos de los constructores de la “verdadera” nación. Y esta vez tales derechos y méritos no serían puramente formales, sino esenciales, ya sean genéticos o espirituales.

La virulencia de la oposición a las políticas llamadas “izquierdistas” es debida a que estas se consideran una traición a lo que se entiende como la propia idiosincrasia del pueblo americano (individualista, luchador, competitivo) y a los propios fundamentos de la sociedad liberal (a la que, por tanto, se continúa indirectamente evocando), que debería otorgar oportunidades para todos los ciudadanos en función de sus méritos y capacidades. Dichas políticas, por contra, habrían creado privilegios no solo para los “extraños” (*outsiders*) (minorías no “europeas”), sino también para los “débiles” (como mujeres o solicitantes de ayudas sociales).

Parece evidente que la contemplación de la decadencia de la sociedad norteamericana y de su sistema político, el fracaso estrepitoso de muchas de sus actuaciones y su contribución a un creciente desorden mundial (y agotamiento de las arcas estatales), ha conducido a esta nueva derecha a la apelación de valores fundantes y de un espíritu colectivo restringido, que es propio de las situaciones de crisis. Por otra parte, su visión crítica de un individualismo vacío (del que ellos mismos no pueden, sin embargo, sustraerse) les conduce a la remisión a burdas identidades, al tiempo que a atacar sin piedad a aquellas que se consideran una amenaza. Su propio elitismo, combinado, sin embargo, con un afán provocador y un mal gusto patente, hace pensar en una nueva versión malograda de un individualismo omnipresente. Contradictoriamente, dicho elitismo, que encubre un clasismo feroz, atacaría las mismas bases populistas del movimiento en el que se asienta. Pero, sobre todo, cabe destacar que esta nueva derecha, apoyándose en teorías anteriores, mantiene una concepción fragmentada, irreductiblemente diversa, de la humanidad, como diferentes identidades irreconciliables entre sí y sin capacidad de una síntesis armónica y original.

Con todas las salvedades necesarias, la negación de una identidad humana común permite mantener que, entre otros aspectos, la DA mantendría su propio cordón umbilical con la postmodernidad, a pesar del rechazo cerval de esta última hacia la identidad.

De esta forma, cabe concluir que con este movimiento de reacción se ponen de nuevo, históricamente, de manifiesto los límites de un igualitarismo puramente formal, propio de las sociedades liberales contemporáneas. De hecho, este fenómeno solo puede entenderse a partir del agotamiento del modelo pluralista o multicultural imperante en las sociedades occidentales desde hace décadas, que parece haber renunciado a la conquista de una igualdad real y efectiva (sobre todo en lo que se refiere a niveles y calidad de vida), y que rechaza la idea de una identidad humana universal, tomada más bien provisionalmente y con criterios pragmáticos; un modelo, en definitiva, que se ha mostrado válido solo hasta el momento en que deja de existir abundancia de recursos materiales a repartir, aunque desigualmente, entre todas las clases sociales, y se agudiza la competencia inter e intraclásista. En una sociedad presidida por un feroz principio de competencia, en el que además el individuo se siente abandonado a su suerte, la “convivencia” no da para más y se afirma, cada vez más abiertamente, la primacía de los llamados derechos “culturales”. Si el igualitarismo formal del modelo liberal-democrático no había sido capaz de crear puentes efectivos entre las lacerantes desigualdades y las distintas formas de expresión de la humanidad existentes en el globo, la nueva derecha no hará sino profundizar en tales abismos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2003). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Benoist, A. (1982 [1979]). *La Nueva Derecha*. Barcelona: Planeta.
- Benoist, A. (2016). Ideología de derechos humanos vs libertades de los pueblos. *Youtube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=uPwZ_Ae8UGs
- Cernovich, M. (2017). “Gorilla Mindset Seminar”. *Youtube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=3ZxXm9_z304
- Fisher, M. (2017). The political lexicon of a billionaire populist. *The Washington Post*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/politics/the-political-lexicon-of-a-billionaire-populist/2017/03/09/4d4c2686-ff86-11e6-8f41-ea6e-d597e4ca_story.html?hpid=hp_hp-top-table-main_trumplanguage740p%3Ahomepage%2Fstory&utm_term=.594c4ceec062

- Frank, Th. (2016). Un “obrero multimillonario” contra una madona intachable. *Le Monde diplomatique en español*, n.º 251, septiembre, p. 1, 14-15.
- Gage, B. (2016). Who is the forgotten man? *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/interactive/projects/cp/opinion/election-night-2016/who-is-the-forgotten-man>
- Gray, R.S. (2017). Behind the Internet’s Anti-Democracy Movement”. *The Atlantic*. Recuperado de <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2017/02/behind-the-internets-dark-anti-democracy-movement/516243/>
- Hobsbawn, E. (2009). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Madrid: Diario Público.
- Hochschild, A.R. (2016). *Strangers in their Own Land. Anger and Mourning on the American Right*. Nueva York: The New Press.
- Ignatieff, M. (2003). *Los derechos humanos como política e idolatría*. Barcelona: Paidós.
- Jarding, S. (2016). El estado de la democracia. *Vanguardia dossier*, n.º 62, pp. 58-63.
- Kirchick, J. (2016). Trump’s terrifying Online Brigades. *Commentary*. Recuperado de <https://www.commentarymagazine.com/articles/trumps-terrifying-online-brigades/>
- Kurtagic, A. (2011). Towards a new Nationalism. 2011 NPI Conference. *Youtube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=QspjaavaI9o&list=PLRi81_2IAdcMB_om6C2vvEI8HhxPCtjLZ
- Lucas, J. (1994). *El desafío de las fronteras: derechos humanos y xenofobia frente a una sociedad plural*. Barcelona: Temas de Hoy.
- Liotard, J.-F. (1993 [1979]). *La condición postmoderna*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Martínez-Bascuñán, M. (2016). Sacerdotes implacables. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/elpais/2016/10/21/opinion/1477034320_215310.html
- McInnes, G. (2017). What is the Alt Right? *Youtube*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=_4TVHij5nSM
- Mercier, J. (2008). La democracia en crisis. *Le Monde diplomatique en español*, n.º 147, enero, pp. 26-27.
- Nagle, A. (2017). Ese monstruo anónimo, el hombre de la calle. *Le Monde Diplomatique en español*, n.º 258, abril, pp. 1 y 3.
- Nash, G. H. (2016). The Conservative Intellectual Movement in America: Then and Now. *National Review*. Recuperado de <http://www.nationalreview.com/article/434548/conservative-intellectuals-george-nash-traces-history>
- Navarro, V. (2017). Los costes de enfatizar género y raza sin considerar clase social: el caso de EEUU. *Público*. Recuperado de <http://blogs.publico.es/dominio-publico/19109/los-costes-de-enfatizar-genero-y-raza-sin-considerar-clase-social-el-caso-de-eeuu/>
- Pardo, P. (2016). La ‘neoderecha’: misóginos, trolls y xenófobos. *El Mundo*. Recuperado de <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/10/58227e03e5fde4a668b464d.html>
- Pasolini, P. P. (1983). *Escritos corsarios*. Barcelona: Planeta.

- Piketty, Th. (2015). *La economía de las desigualdades*. Anagrama: Barcelona.
- Polanyi, K. (2003 [1957]). *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Raim, L. (2017). La derecha “alternativa” que agita Estados Unidos. *Nueva Sociedad*, n.º 267, enero-febrero, pp. 53-71.
- Ramírez, M. (2012). A Obama le espera un país ingobernable. *El Mundo*. Recuperado de http://www.elmundo.es/america/2012/11/07/estados_unidos/1352262159.html
- Rawls, J. (2002). *La justicia como equidad*. Paidós: Barcelona.
- Reguera, M. (2017). *El triunfo de Trump. Claves sobre la nueva extrema derecha norteamericana*. Madrid: Postmetrópolis.
- Rorty, R. (1999). *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo xx*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, R. (2009). *Una ética para laicos*. Madrid-Buenos Aires: Katz.
- Rubin, D. (2015). Milo Yiannopoulos vs Atheism. *The Rubin Report*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=d1Qao3A4yU4>
- S.A. (2016). Así es la nueva derecha en Estados Unidos: cristiana, nacionalista, antiglobalización y defensora de una América blanca. *Alerta digital*. Recuperado de <http://www.alertadigital.com/2016/11/20/asi-es-la-nueva-derecha-en-estados-unidos-cristiana-nacionalista-antiglobalizacion-y-defensora-de-una-america-blanca/>
- Sánchez Pereyra, A. (2013). *Geopolítica de la expansión de la OTAN*. Barcelona: Plaza y Valdés.
- Spencer, R. B. (2015). What is the Alt Right? *Radix Journal*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=G74sCg_n9rY
- Spencer, R. B. (2016). Napoleon of the current year. Richard Spencer discusses the Trump phenomenon at NPI's [National Policy Institute] 2016 Winter Gathering. *The National Policy Institute*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=mpBY0i-n-Zk>
- Spencer, R. B. (2017). The Trump Betrayal. *AltRight.com*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=K2kGLsEdl-g>
- Taylor, J. (2016). What is the Alt-Right? *American Renaissance*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=CJ3B6L2fUA8>
- Torres Ballesteros, S. (1987). Populismo, un concepto escurridizo. En José Álvarez Junco (comp.). *Populismo, caudillaje y discurso demagógico* (pp. 159-180). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- Todd, E. (2012). *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del imperio norteamericano*. Madrid: Akal.
- Undonne, J. (2017). ¿Qué es la derecha alternativa (Alt-Right)? *Katheon*. Recuperado de <http://katehon.com/es/article/que-es-la-derecha-alternativa-alt-right>
- Valcárcel, A. (1997). *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Yiannopoulos, M. y Bokhari, A. (2016). An establishment conservative's guide to the Alt-Right. *Breitbart News*. Recuperado de <http://www.breitbart.com/tech/2016/03/29/an-establishment-conservatives-guide-to-the-alt-right/>

- Yiannopoulos, M. (2016). What the Alt-Right is really about (full interview). *Youtube*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Lgl53EXInPc>
- Zakaria, F. (2013). ¿Es posible reparar a Estados Unidos?: La nueva crisis de la democracia. *Foreign affairs: Latinoamérica*, Vol. 13, N.º 2 (abril/junio), pp. 87-97.